

# EL HOTEL ENCANTADO

**WILKIE COLLINS**



Autor de las grandes novelas *La dama de blanco* y *La piedra lunar*, alabado por personalidades tan dispares como Borges, Eliot o Swinburne, Wilkie Collins ha sido reconocido universalmente como uno de los más geniales creadores de la intriga y el misterio, y celebrado por sus desenlaces imprevisibles.

*El hotel encantado* pertenece al género de la novela de terror, o más específicamente al de la novela de fantasmas. Unos fantasmas que no son espantajos de ululante protoplasma, sino realidades que hallan sentido en los repliegues más oscuros y abyectos del espíritu de todo ser humano. El terror, pues, no se busca aquí a través del susto fácil, del mero entretenimiento, sino en la conmoción profunda que genera el horror auténtico: el que surge del encuentro del hombre consigo mismo en el terreno atroz de lo que está más allá de lo conocido y, también, más allá de lo tolerable.

# PRIMERA PARTE

## I

Hacia 1860, la reputación del doctor Wybrow, médico londinense, había llegado a su apogeo. Se decía que las rentas de las que disfrutaba gracias al ejercicio de su profesión eran las más altas que jamás médico alguno había obtenido.

Una tarde, a finales de julio, cuando el doctor había dado fin a su almuerzo tras una mañana intensa en su consultorio, y con una enorme lista de visitas para efectuar fuera de su domicilio que deberían ocuparle el resto de la jornada, el criado le anunció que una dama deseaba verle.

—¿Quién es? —preguntó el doctor—. ¿Una desconocida?

—Sí, señor.

—No recibo desconocidos fuera de las horas de consulta. Dígale a qué hora puede volver y despídala.

—Ya se lo he dicho, señor.

—¿Bien... y qué?

—Que no quiere irse.

—¿Qué no quiere irse? —Y el doctor sonrió al repetir las mismas palabras. A su manera, poseía un agudo sentido del humor, y en aquella situación había un aspecto absurdo que le divertía—. ¿Por lo menos ha dado su nombre esa obstinada señora? —preguntó.

—No, señor; no ha querido darlo... dice que no puede esperar, que el asunto es demasiado importante para aplazarlo. Está en la consulta, y no se me ocurre como echarla.

El doctor Wybrow reflexionó unos instantes. Su conocimiento de las mujeres (profesionalmente hablando) se apo-

yaba en una experiencia de más de treinta años; las había conocido de todas clases, especialmente de aquella que ignora por completo el valor del tiempo y que no vacila jamás en escudarse tras los privilegios de su sexo. Una mirada al reloj le convenció de que no podía demorar su excursión cotidiana a los hogares de sus enfermos. Decidió tomar la única resolución que le permitían las circunstancias. En pocas palabras: intentó escapar.

—¿Está el coche en la puerta? —preguntó.

—Sí, señor.

—Muy bien. Abra la puerta de la calle sin hacer ruido y deje a esa señora en la sala todo el tiempo que quiera. Cuando se canse de esperar le dice que ceno en el club y que luego iré al teatro. Y ahora, Thomas, despacito. Si hace ruido estoy perdido.

Y evitando ser oído tomó el camino de la escalera seguido de Thomas, que andaba de puntillas.

¿Sospechaba algo la dama que aún estaba en el salón? ¿Crujieron los zapatos de Thomas y ella tenía un oído extraordinariamente fino? Fuera como fuere, cuando Wybrow pasaba por delante de la puerta de la sala de espera esta se abrió y apareció una dama que puso una mano sobre el brazo del doctor.

—Le ruego, caballero, que no se vaya sin haberme oído antes.

El acento era extranjero; el tono decidido y firme. Sus dedos asían suave, pero resueltamente, el brazo del médico.

Ni su lenguaje ni su acción produjeron en el doctor el menor efecto capaz de detenerle. Lo que le hizo hacerlo en el acto fue la muda petición inscrita en su rostro. El notable contraste entre la palidez cadavérica de su cara y la extraordinaria vida de sus grandes ojos negros, de brillos metálicos, le dejaron literalmente hipnotizado. Vestía de oscuro, pero con sumo gusto; era de mediana estatura y no aparentaba tener más de treinta o treinta y dos años. Su nariz,

su boca y su barbilla eran finas y de formas delicadas, como las que se encuentran con mayor frecuencia entre las mujeres extranjeras que entre las inglesas. Era indiscutiblemente hermosa, con el solo defecto de su terrible palidez, y el menos perceptible de la ausencia de ternura en la expresión de sus ojos. Aparte de la primera impresión de sorpresa, el sentimiento que produjo en el doctor puede describirse como una punzante curiosidad profesional. El caso podía proporcionarle algo enteramente nuevo en su práctica médica.

—Si es así —pensó—, nada se pierde en esperar.

La dama comprendió que había causado en él una fuerte impresión, y retiró su mano.

—Usted ha consolado a muchas mujeres desgraciadas en su vida —dijo—. Hoy me toca a mí.

Y sin esperar la respuesta, se introdujo en la sala.

El doctor la siguió y cerró la puerta. La colocó en la butaca destinada a los enfermos, frente a la ventana. Un sol estival penetraba por los cristales, hermoso y brillante, ignorando que estaba en Londres. La luz radiante la envolvió por completo. Sus ojos la afrontaron imperturbables, con la inflexible fijeza de los de un águila. La palidez de su rostro parecía más intensa que nunca. Por primera vez en su vida, el doctor sintió como se aceleraban sus pulsaciones en presencia de un enfermo.

Tras haber logrado que la escuchase parecía, cosa muy extraña, no tener nada que decir al médico. Una singular apatía se había apoderado de aquella mujer resuelta. Forzado a hablar primero para romper el hielo, el doctor le preguntó en qué podía servirla.

El sonido de su voz pareció despertarla. Con la mirada aún fija en la luz, dijo bruscamente:

—He de hacerle una pregunta embarazosa.

—¿De qué se trata?

Los ojos de la dama fueron despacio de la ventana al rostro del médico. Con voz calmada planteó la pregunta embarazosa en estos extraordinarios términos:

—Quiero saber si corro peligro de volverme loca.

Cualquier otro se hubiese reído para sus adentros, o quizá se hubiese sentido alarmado. El doctor Wybrow tan solo experimentó una decepción. ¿Era aquel el caso raro que se había prometido, juzgando temerariamente por las apariencias? ¿Iba a ser aquella nueva paciente tan solo una hipocondríaca, cuya dolencia resultaría ser un desarreglo del estómago o simple debilidad mental?

—¿Y por qué ha venido a consultarme a mí? —le preguntó secamente—. ¿No es mejor que acuda a un especialista en enfermedades mentales?

La respuesta no se hizo esperar.

—Si no lo he hecho es porque no me convenía un especialista... tienen el fatal hábito de juzgarlo todo desde el punto de vista de su especialidad. Acudo a usted porque su casa es una excepción a la regla general, y también porque usted tiene fama de descubrir las dolencias más misteriosas. ¿Está satisfecho?

Estaba más que satisfecho. La primera idea, después de todo, había resultado correcta. Además, estaba perfectamente dotado en cuanto a sus habilidades científicas. Su especialidad, que tanto dinero y fama le había proporcionado, era precisamente la de descubrir enfermedades insospechadas. En eso no tenía rival entre sus colegas.

—Estoy a sus órdenes —dijo—. Veamos si es posible saber de lo que se trata.

La sometió a un prolijo interrogatorio. Todo fue pronta y claramente contestado, y el doctor sacó en consecuencia que la salud de aquella extraña dama, mental y físicamente, estaba en perfectas condiciones. No satisfecho con las preguntas, examinó cuidadosamente los principales órganos responsables de la vida. Ni su mano ni el estetoscopio descubrieron nada que señalase la menor alteración. Con la admirable paciencia y el tacto que le habían distinguido desde que era estudiante, procedió a una exploración tras otra. El resultado fue siempre el mismo. No solo no se ad-

vertía ninguna tendencia al padecimiento de trastornos mentales, sino que ni tan siquiera se detectaba el menor desarreglo del sistema nervioso.

—No encuentro nada que justifique sus temores —dijo—. Ni hallo una explicación a su extraordinaria palidez.

—La palidez no significa nada —replicó con impaciencia la desconocida—. Siendo niña escapé milagrosamente de la muerte a causa de un envenenamiento. Desde entonces no he recuperado el color, y mi tez es tan delicada que no puedo ponerme afeites sin que me salga un sarpullido. Pero esto es lo de menos. Yo necesito una opinión definitiva. La verdad, yo creía en usted, pero he sufrido una decepción —inclinó la cabeza sobre su pecho—. ¡Y así acaba todo esto! —dijo amargamente.

El doctor se sintió impresionado. Aunque tal vez sería más acertado decir que su orgullo profesional estaba un poco herido.

—Puede acabar de otro modo —dijo—, pero usted tendría que ayudarme.

Ella le miró con ojos centelleantes.

—Hable claro —dijo—. ¿Cómo puedo ayudarle?

—Francamente, señora mía, usted se me presenta como un enigma, y pretende que yo me las componga como pueda dentro de los límites de mi arte... este puede ser grande, pero no lo es todo. Por ejemplo... puede haber ocurrido algo, algo que no tenga relación con su salud corporal pero que puede haberla alterado. ¿No es así?

Ella juntó las manos.

—¡Así es! —exclamó con vehemencia—. ¡Empiezo a creer en usted de nuevo!

—Muy bien. Pero no puede pretender que yo descubra la causa moral que la ha trastornado. Sé que no hay causa material... Si usted no deposita en mí su confianza, no puedo hacer otra cosa.

La desconocida se levantó y dio unos pasos por la sala.



—Tendré confianza —dijo—; pero no mencionaré nombres.

—Ni hay necesidad. Solo necesito conocer los hechos.

—Los hechos no significan nada —contestó ella—. Pero le confesaré mis impresiones... seguramente me juzgará loca y soñadora cuando las oiga. No importa. Haré lo que pueda por satisfacerlo, y empezaré por los hechos. Pero créame, los hechos no le ayudarán mucho.

Se sentó de nuevo. De la manera más simple posible, comenzó a contar la historia más extraña que jamás oyera el doctor en toda su vida.

## II

—Por lo pronto soy viuda, doctor —dijo—. Ese es un hecho; el otro es que me vuelvo a casar dentro de una semana.

Aquí se detuvo y sonrió; alguna idea cruzaba por su mente. El doctor Wybrow no quedó favorablemente impresionado por esta sonrisa: había en ella algo a la vez triste y cruel. Iniciada lentamente, había desaparecido de pronto. El doctor empezó a preguntarse si no hubiera hecho mejor huyendo. Apesadumbrado, se acordó de sus enfermos y de las dolencias que le aguardaban.

La desconocida continuó.

—Mi próximo matrimonio está relacionado con una embarazosa circunstancia. El caballero del que voy a ser esposa estaba comprometido con otra dama cuando me conoció en el extranjero. Esa otra es su prima. Inocentemente le he robado el cariño de su amante y he destruido sus esperanzas. Y digo inocentemente, porque nada me había dicho de su compromiso con ella antes de que yo le diera mi consentimiento. Solo me lo confesó cuando nos reunimos en Inglaterra y él se dio cuenta de que yo podría enterarme. Me indigné, naturalmente. Me presentó sus excusas: me enseñó una carta de su prima en la que le devolvía su libertad y su palabra. Carta más noble y discreta no la he leído en mi vida. ¡Lloré al leerla... yo, que no tengo lágrimas para mis propias penas! Si en la carta ella hubiese dejado entrever alguna esperanza de reconciliación, yo me hubiese retirado. Pero su firmeza... sin ira, sin un reproche, deseándole a aquel hombre infiel que alcanzara la felicidad... Él imple-

raba mi compasión, insistía en lo mucho que me amaba. Usted sabe como somos las mujeres. Me estremecí y le escuché: sí. Así terminó. Dentro de una semana —tiemblo al pensarlo— estaremos casados.

Y temblaba realmente: tuvo que detenerse un momento antes de continuar. El doctor, impaciente, empezó a temer que la historia fuera interminable.

—Perdóneme si le recuerdo que hay enfermos que me esperan —dijo—. Cuanto antes vaya usted al asunto, mejor para todos.

En los labios de la dama apareció de nuevo aquella triste y cruel sonrisa.

—Todo lo que le he dicho va al asunto —contestó—. Lo comprobará enseguida.

Y reanudó su relato.

—Ayer... no tema, no voy a extenderme mucho. Ayer yo había sido invitada a almorzar en casa de cierta dama. Una señorita, desconocida para mí, llegó a última hora, cuando ya habíamos abandonado la mesa y pasado al salón. Se sentó a mi lado y nos presentaron. Supe su nombre, de igual modo que ella supo el mío. Se trataba de la mujer a quién yo había robado su prometido; la misma mujer que había escrito aquella noble carta. Y ahora, présteme atención, no se impaciente. Debo manifestarle que yo no sentía la menor inquina hacia la joven que estaba a mi lado. La admiraba; y ella tampoco tenía nada que reprocharme. Esto último es muy importante, como verá. Yo estaba segura de que le habrían explicado el asunto tal y como era, y que ella habría admitido que yo no merecía censura alguna. Y a pesar de todo ello, al levantar los ojos y tropezar con los de aquella mujer mi cuerpo se heló de pies a cabeza; temblaba y sentía escalofríos. Por primera vez en mi vida experimenté un pánico mortal.

El doctor comenzó a sentirse interesado.

—¿Había algo singular en el aspecto de esa señorita? —preguntó.

—¡Nada en absoluto! —Fue la vehemente respuesta—. Su descripción corresponde a la de muchas damas inglesas: ojos azules, fríos y claros, tez blanca y sonrosada, maneras corteses y distantes, labios rojos, mentón redondeado; nada especial.

—¿Notó algo en su expresión la primera vez que la sorprendió mirándola?

—Tan solo la que despierta, en cualquier mujer, aquella por la que ha sido abandonada; y quizá algo de asombro por no ser yo, quizá, tan bella como ella debía suponer; pero siempre dentro de los límites de la buena educación, y durante pocos segundos, creo. Y digo esto porque la horrible agitación que me atenazaba no me permitía juzgar serenamente. ¡Si hubiera podido acercarme a la puerta habría huido, tan asustada estaba! Ni siquiera pude permanecer de pie; me dejé caer en mi silla, aniquilada de horror ante aquellos ojos azules que me miraban con amabilidad y sorpresa. Pero a mí me parecían los de una serpiente. Veía en ellos su alma, y cómo escudriñaba hasta el fondo de la mía. ¡Esa era mi impresión, con todo lo que tiene de terrible y de locura! Esa mujer está destinada, sin saberlo, a ser el genio maléfico de mi vida. Sus inocentes ojos ven en mí una capacidad de hacer el mal que yo desconocía, pero que se despierta bajo su mirada. Si cometo alguna falta de hoy en adelante... incluso si llegase a perpetrar un crimen... ella lo habrá provocado, aunque haya sido sin pretenderlo. En un instante, indescriptible, comprendí todo esto... y supongo que mi rostro lo expresaba. Aquella cándida criatura se sobresaltó. «Me temo que hace aquí un calor excesivo. ¿Quiere mi frasco de sales?». La oí pronunciar aquellas amables palabras y me desvanecí. Cuando recobré el sentido, todos los comensales se habían ido; solo la dueña de la casa estaba a mi lado. Al principio fui incapaz de articular palabra; la terrible impresión que he tratado de describirle regresó vívidamente a mi memoria. Tan pronto como pude hablar le supliqué que me hablase de la mujer

a quien yo había suplantado. Verá, tenía la pequeña esperanza de que aquel buen carácter no fuera el suyo, que su noble carta fuera un modelo de hipocresía... en suma, que secretamente me odiara aunque fuera lo bastante astuta como para disimularlo. ¡Pero no! La dueña de la casa la conocía desde su niñez, se querían como hermanas... sabía que era tan buena, tan inocente, tan incapaz de odiar a nadie como el mejor de los santos que jamás haya existido. Mi última esperanza había sido destruida. Solo podía hacer una cosa, y la hice. Fui en busca de mi prometido y le supliqué que me relevase de mi compromiso. Rehusó. Le declaré que recobraría mi libertad sin contar con su consentimiento. Me enseñó cartas de sus hermanos, de sus amigos, suplicándole que lo pensara mucho antes de hacerme su esposa; le contaban supuestas aventuras mías en Viena, París y Londres... un grosero tejido de falsedades. «Si te niegas a casarte conmigo», me dijo, «estarás admitiendo que estas acusaciones son ciertas. ¿O es que temes enfrentarte a la sociedad como mi esposa?». ¿Qué podía contestarle? Tenía razón; persistiendo en mi negativa mi reputación estaba perdida. Consentí en que la boda se celebrara en el día fijado. Ha pasado una noche, y estoy aquí para hacerle esta pregunta al único hombre que puede contestarla: Por última vez ¿soy un demonio que ha visto al ángel vengador, o solo una pobre loca, alucinada por una mente desequilibrada?

El doctor Wybrow se levantó dispuesto a dar por finalizada la entrevista. Lo que había oído le había causado una fuerte y penosa impresión. Cuanto más escuchaba, más terreno ganaba en su espíritu la convicción de que aquella mujer era perversa. En vano quiso pensar en ella como una persona digna de compasión, dotada de una viva y mórbida imaginación, consciente de que la capacidad para el mal duerme en todos nosotros, y que se esforzaba ardientemente en actuar a contracorriente de sus mejores senti-

mientos; el esfuerzo era superior a él. Un maligno instinto le gritaba al oído: «¡Cuidado con creerla!».

—Ya le he dado mi opinión —dijo—. No hay signo ninguno de desarreglo mental o de algo que haga temerlo. Por lo que respecta a las impresiones que usted me ha confesado, únicamente puedo decirle que su caso es de los que necesitan consejos espirituales mejor que médicos. De una cosa puede usted estar segura... lo que usted ha dicho aquí queda en el mayor secreto.

La dama le escuchó con ceñuda resignación.

—¿Eso es todo? —preguntó.

—Esto es todo.

Puso unas monedas sobre la mesa.

—Gracias, caballero —dijo—. Ahí tiene usted sus honorarios.

Y diciendo eso se levantó. Sus negros ojos miraban vagamente hacia algún lejano horizonte. Sus mirada era retadora, pero también desesperada. El doctor desvió la vista, incapaz de soportar aquella visión.

La sola idea de quedarse con algo suyo —no solo dinero, sino cualquier cosa que ella hubiese tocado—, le sublevó. Sin mirarla, señaló el dinero.

—Recójalo. No tiene porqué pagarme.

La desconocida no le hizo caso. Fija la mirada, Dios sabe dónde, dijo lentamente, como si hablase consigo misma:

—Dejemos que llegue el fin. He luchado contra él; me someto.

Se echó el velo sobre la cara, hizo una ligera inclinación con la cabeza y salió de la sala.

El doctor agitó la campanilla y la siguió hasta el vestíbulo. Cuando el criado cerró la puerta, sintió de súbito una curiosidad irresistible. Enrojeciéndose como un niño, ordenó:

—Síguela hasta su casa y procura averiguar su nombre.

Durante un instante el sirviente se quedó mirando a su patrón sin dar crédito a sus oídos. El doctor le señaló la

puerta en silencio. El criado, ante el mudo mandato, tomó el sombrero y salió presuroso.

El doctor Wybrow regresó al consultorio. Diversos sentimientos convulsionaban su mente. ¿Es que aquella mujer había infectado de maldad su casa, contagiándole su perversidad? ¿Qué espíritu diabólico le había impulsado a degradarse así a los ojos de su sirviente? Se había conducido como un bellaco pidiéndole a un hombre que le servía fielmente desde hacía tantos años que se convirtiese en espía. Herido por ese pensamiento corrió al vestíbulo y abrió la puerta. El criado había desaparecido; era ya tarde para hacerle volver. Solo podía hacer una cosa para obviar el desprecio que sentía por sí mismo: refugiarse en el trabajo. Subió al coche y empezó su ronda de visitas.

Si la reputación del famoso médico hubiera podido resentirse alguna vez, aquella hubiese sido la indicada para ello. Jamás había sido tan poco perspicaz a la cabecera de sus pacientes. Jamás antes había dejado para mañana extender una receta o efectuar un diagnóstico.

Regresó a su casa más temprano que de costumbre, indeciblemente descontento de sí mismo.

El criado había vuelto. La vergüenza impidió que el doctor lo interrogara, pero el sirviente comunicó lo averiguado sin necesidad de que se le preguntara.

—Se trata de la condesa Naron. Vive en...

Sin esperar a oír donde vivía, el doctor asintió inclinando la cabeza y entró en el consultorio. El dinero que en vano había rehusado estaba sobre la mesa. Lo introdujo en un sobre y escribió sobre este: «Para los pobres». Llamando al criado, le encargó lo depositase en la parroquia vecina a la mañana siguiente. Fiel a sus deberes, Thomas le hizo la pregunta de costumbre.

—¿El señor cena hoy en casa?

Tras vacilar un instante, contestó negativamente. Cenaría en el club.